

¿DE DÓNDE SURGE EL AFÁN POR ACUMULAR RIQUEZAS?

DAVID KOLKRABE OROZCO¹

¹ Máster en Filosofía y Máster en Estudios Organizacionales. Vinculado al Grupo de Investigación en Filosofía de la Administración de la Universidad Nacional de Colombia sede Manizales. Correo: cdavidr94@hotmail.com

Resumen

Este texto de reflexión realiza una breve genealogía del origen de las organizaciones modernas y busca explicar de dónde surge el afán capitalista por obtener riquezas. Para ello, se hace una revisión histórica del paso del sistema feudal al burgués en términos de organizaciones. Se profundiza en el cambio de la manera de pensar y la transformación epistemológica de cómo el hombre percibía el mundo. Con este propósito, se ahonda en el papel de Dios y cómo se concebía la vida a partir de Él. Se concluye con que el capitalismo es el resultado de un cambio de mentalidad en el que el hombre moderno busca progresar en la pirámide social, pues ya se considera libre, digno y responsable de sus actos.

Palabras clave

Mentalidad cristiano-feudal, organizaciones, riqueza, libertad, dignidad, burguesía.

Abstract

This reflective text provides a concise genealogy of the origins of modern organizations and endeavors to elucidate the roots of the capitalist pursuit of wealth. To achieve this, it conducts a historical examination of the transition from the feudal to the bourgeois system within the context of organizational dynamics. The exploration delves into shifts in cognitive paradigms and the epistemological transformation of humanity's perception of the world. In pursuit of this objective, it investigates the role of God and how life was conceptualized in relation to Him. In summary, the text concludes that capitalism emerges as a consequence of a shift in mentality, wherein modern individuals aspire to advance within the social hierarchy, viewing themselves as liberated, worthy, and accountable for their actions.

Keywords

Christian-feudal mentality, organizations, wealth, freedom, dignity, bourgeoisie.

El trabajo en las sociedades premodernas distaba mucho de la lógica de la acumulación capitalista contemporánea. La producción del artesano se orientaba a la satisfacción de sus necesidades y las de su familia. Producía lo suficiente para satisfacer las necesidades de su familia sin pensar en acumular capital. El zapatero producía la cantidad necesaria de zapatos para que los suyos no carecieran de calzado y, el excedente, lo intercambiaba por alimentos u otros bienes que necesitaba. El trabajo era un medio para la satisfacción de las necesidades (Marx, 2005). En el momento en que las necesidades quedaban satisfechas, el artesano cesaba su trabajo. Si sabía que con 30 pares de zapatos podía vivir por un mes, no producía más de 30 al mes, así él fuera capaz de producir 600. Los talleres de los artesanos eran el lugar donde se daba la producción de bienes. Poco a poco, sin embargo, se da un crecimiento de los mercados. El comerciante introduce la moneda porque esta le facilita su trabajo: es más fácil cargar monedas que cargar con otros productos para realizar el trueque. El comerciante visitaba uno por uno los talleres artesanales y compraba los productos sobrantes. El artesano recibía a cambio dinero con el que podía comprar otros productos. El dinero fue ganando fama porque facilitaba el intercambio de bienes. Ya no era necesario que el zapatero recorriera la aldea con sus zapatos buscando quién necesitaba zapatos y quién tenía productos, como comida, que él necesitara. La moneda modifica el comercio: ya no se hacen trueques, ahora se compran productos (Huberman, 2004). Además, la moneda es práctica y se puede guardar, se puede ahorrar. No pasaba lo mismo con los productos, especialmente los perecederos. Acumular bananos, por ejemplo, no tenía sentido. Acumular dinero, sí.

El mercader juega un papel fundamental en el cambio de concepción del trabajo y la producción, no solo por su papel como mercader y la implicación de la moneda en el comercio, sino también porque *facilita* el trabajo del artesano. Antes, el artesano debía ir a buscar mercados en los cuales pudiera vender o intercambiar sus productos, así como desplazarse en búsqueda de la materia prima

necesaria para su producción. El mercader, en cambio, adoptó el papel de vendedor y proveedor, de modo que el artesano ya no debía desplazarse buscando mercados para vender sus productos, ni para conseguir la materia prima; de eso se empezó a encargar el mercader (Coriat, 2015).

Inicialmente, los artesanos aceptaron este nuevo modelo porque, a simple vista, parecía un buen trato. Ya no tenían que esforzarse en vender sus productos, ni buscar quién pudiera proveerles la materia prima. La implicación de esto es importante para lo que aquí se revisa: el artesano pierde el control sobre lo que produce y sobre la materia prima que necesita para su producción. Paulatinamente, el mercader, que ya tiene el control sobre la preproducción y la postproducción, empieza a exigirle más a los artesanos y estos se empiezan a sentir explotados. La respuesta de muchos artesanos frente a esta explotación fue un intento de reducir la explotación: bajaron la calidad de los productos y empezaron a robar parte de la materia prima que les suministraban. Esto, aunado a la conquista de nuevos territorios, como se verá más adelante, llevó a que el mercader reuniera a los artesanos en un taller común. Si cada uno está en su taller, el mercader no tiene control real sobre la producción y no puede evitar la mala calidad ni el robo de materias primas (Marx, 1985).

En cambio, si todos los artesanos están reunidos en el mismo taller, bajo la supervisión del mercader, ya no pueden trabajar bajo su propio criterio. Esta fue la estrategia que el mercader usó para dar frente a las acciones de los artesanos. Puso a decidir a los artesanos: o podían irse a trabajar al taller, o podían volver a las antiguas costumbres y buscar ellos mismos la materia prima y los compradores de sus productos. Muchos rechazaron la oferta y regresaron al modo antiguo, o bien se convirtieron ellos mismos en mercaderes, pero muchos otros aceptaron la exigencia del mercader (Marx, 2005).

La conquista de nuevos territorios y, por tanto, la creación de nuevos mercados exigió un aumento de la producción. Conquistar la India, por ejemplo, implicaba tener un gran número de personas

nuevas que necesitaban calzar zapatos. La producción del zapatero artesano no era suficiente y el comerciante se dio cuenta de esto. Poco a poco, empezó a reclutar a los artesanos que antes le vendían sus sobrantes y los convenció para que trabajaran todos juntos en un taller. El nacimiento del taller es el nacimiento de la eficiencia, es decir, desde Weber (1985), la adecuación de los mejores medio a los fines. Si el zapatero podía fabricar cinco zapatos diarios, se le pedía que produjera los cinco, seis días a la semana. Hay un aumento de la producción muy elevado. El artesano que antes fabricaba 30 zapatos al mes, empezó a fabricar alrededor de 135. Aumenta también la velocidad de comercialización, pues al estar todos los artesanos reunidos en el mismo taller, ya no es necesario que el comerciante recorra uno por uno los diferentes talleres artesanales.

En este momento histórico hay un cambio en la mentalidad del artesano que debe revisarse con detenimiento, pues no se ha respondido a la pregunta de por qué el artesano decidió irse a trabajar al taller. En un primer momento, cuando él era dueño de su propio taller y tenía autonomía en su trabajo, producía lo necesario para satisfacer sus necesidades y las de su familia. ¿Qué razón había, pues, para que renunciara a su libertad y autonomía de modo que se pusiera a las órdenes del mercader? La respuesta a esta pregunta no es fácil. Lo primero que hay que entender es que, como lo muestra Romero (1987), hubo un cambio, lento pero constante, de la mentalidad del artesano. Él habla de dos tipos de mentalidad: la mentalidad cristiano-feudal y la mentalidad burguesa. Aunque Romero los presenta como una dicotomía, en realidad hay que entenderlas como los dos extremos de una soga que transita el funámbulo: el recorrido de un lado a otro es lento, tumultuoso, con avances y retrocesos.

La mentalidad cristiano-feudal, esto es, la mentalidad del hombre feudal, se sostenía en la irrealidad. El soporte de la realidad, es decir, del mundo material, era la irrealidad: los milagros, la voluntad de Dios, lo sobrenatural, etcétera. En esta época, «se ha producido la impostación autoritaria de un esquema de pensamiento que enseña a

pensar contra lo que dicen los sentidos. Y esto ha sido fruto de una larga y paciente labor pedagógica, llevada a cabo por el cristianismo» (Romero, 1987, p. 62). Los «realistas» de la época defendían que lo real era intangible, siguiendo la tradición escolástica. Negaban la realidad de lo tangible, de lo material, y ubicaban a la realidad en el *otro* mundo. Eran descendentes del platonismo, que ubicaba a la realidad en el Mundo de las Ideas, mientras que el Mundo de los Sentidos era un engaño.

A partir de esta división de mundos, los realistas pensaban que el mundo terrenal era el fenómeno observable, pero que las causas de dicho fenómeno residían en la voluntad de Dios. La mentalidad cristiano-feudal está fundada, entonces, en la idea de que este mundo material es insignificante comparado con el Paraíso, que la vida terrenal es fútil, que el cuerpo no tiene valor y que lo único importante es luchar por la salvación del alma. Esta epistemología subyacente en la mentalidad cristiano-feudal tiene implicaciones prácticas en el hombre feudal.

Según Ganshof (1975), el feudalismo consistía en un conjunto de instituciones que fomentan la obediencia-servicio entre un hombre libre, llamado «vasallo», y un «señor». El «señor» feudal tenía obligaciones de protección y sostenimiento del vasallo, por lo que le proporcionaba una parte de la tierra, llamada feudo, para que la trabajara. Sin embargo, como afirma Marx, el feudalismo era un sistema bajo el cual el estatus económico y la autoridad estaban asociados con la tenencia de la tierra y en el que el productor directo (que a su vez era poseedor de algún terreno) tenía la obligación, basada en la ley o el derecho consuetudinario, de dedicar cierta parte de su trabajo o de su producción en beneficio de su superior feudal (Marx en Dobb, 1971, pp. 465-466).

Desde su nacimiento, el vasallo estaba destinado a ser vasallo. Si la realidad tangible, esto es, el mundo terrenal, tiene su fundamento en la voluntad de Dios, significaba entonces que el que nacía vasallo era vasallo por voluntad divina. Aquel que se atreviera a ir en contra de la

voluntad de Dios estaba cometiendo sacrilegio. En este sentido, el vasallo, pobre, se resignó a vivir toda su vida como vasallo, como pobre, sin hacer nada para cambiar su condición. Esta mentalidad, como se sabe, se fue modificando poco a poco hasta dar paso a la mentalidad burguesa, como la llama Romero (1987). Los nobles nacían siendo nobles, al igual que el rey y el clérigo, pero el pueblo llano nacía siendo pueblo llano y nunca podía cambiar su condición.

Las razones por las que esta mentalidad cristiano-feudal se fue transformando fueron, en parte, casuales, pues no fue sino hasta después que tomaron consciencia de la insurrección religiosa que estaban cometiendo. Cansado de su estilo de vida, el hombre feudal decidió salirse del feudo y establecer pequeñas urbes. Experimentó e hizo cosas nuevas, sin razonar mucho sobre sus acciones. Abandonó las formas tradicionales de producción, así como la servidumbre. Se estableció un nuevo tipo de economía y se dio paso a la vida urbana (Romero, 1987). Además, se fundó un sistema que ya no está basado en la dominación tradicional o carismática, sino en la dominación legal-racional. Los principios de lo que se conocerá luego como burocracia descansan aquí.

En su experimento, el hombre burgués estableció una urbe junto a la estructura tradicional y, aunque encontró resistencia por parte del señor feudal, poco a poco fueron haciendo concesiones y acuerdos. Incluso, señores feudales lograron incorporarse al nuevo sistema burgués. Esto fue consolidando y legitimando poco a poco las burguesías. Así, en el marco del crecimiento de las nuevas urbes, se crearon universidades y se empezaron a discutir temas que al hombre feudal experimentador no le interesaron. Lo primero, y más importante, es que se empezaron a convencer gradualmente de que Dios es un dios demiúrgico, esto es, un dios creador que no interviene en el mundo. De allí se deriva la idea del libro albedrío, pues ya no es la voluntad de Dios la que guía el mundo (Romero, 1987).

Teóricamente, el hombre burgués es un hombre que se considera libre. Si es libre, entonces es responsable de sus actos, y si es

responsable de sus actos, tiene dignidad. Este concepto surge de la idea cristiana de que *hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios* y que, además, somos libres. Sólo el hombre que es libre, que tiene autonomía y puede regir sus propias acciones, es un ser digno, pues no está bajo el mandato de otro. La otra premisa cristiana importante para el hombre burgués es que todos *somos hijos de Dios*. En el fondo, esto implica que todos somos iguales. No importa nuestra condición social, procedencia o familia, todos somos hermanos y a los hermanos se les trata como iguales.

De este modo, si el hombre burgués es libre, digno e igual a todos los demás, ¿qué razón hay para que siga siendo siervo y pobre? Antes, su mentalidad cristiano-feudal no le permitía hacer algo para cambiar su condición social, pues era voluntad de Dios que él fuera un siervo. Ahora, como es libre y responsable de sus actos, puede esforzarse por ascender en la pirámide social, pues, en esencia, él es igual a los nobles. Creerse igual al otro es creer que se puede alcanzar la condición social del otro. El medio usado para esto fue el *trabajo* (Nietzsche, 2010; Rincón & Londoño, 2020).

En este momento histórico, se empieza a considerar al trabajo como algo *digno*. Si le creemos a Nietzsche (2010), en la antigüedad, el trabajo era visto como algo vergonzoso. Sólo trabajaba el que necesitaba trabajar para vivir, esto es, el trabajo era relegado al esclavo. El hombre libre que necesitaba trabajar para alimentarse se ocultaba; sentía que era humillante que alguien se enterara de su necesidad. En la modernidad, en cambio, el trabajo no es vergonzoso, sino algo digno. El trabajo *dignifica*, diría Marx (2005), pues es el que le permite al hombre ascender en la pirámide social. Su posición en la pirámide es ahora responsabilidad suya, así que debe trabajar para sentir que está haciendo lo posible por mejorar su condición actual.

El mercader se aprovecha de la dignificación del trabajo y le promete al artesano que mejorará su calidad de vida si trabaja junto a él. Como ya se explicó, primero oficia como proveedor de materia prima y comercializador de la producción; luego, como jefe al

llevárselos a trabajar juntos al taller. El trabajo se volvió en un medio para satisfacer necesidades, tener lujos y ganar prestigio, además de ascender en la escala social. Finalmente, para tener poder. Sin embargo, no fue el trabajo en sí mismo el que lograba esto, sino el dinero. El dinero como medio, el poder como fin.

Entre más dinero, más poder. Sin embargo, ocurre algo: cuando un medio, para conseguir un fin, es el mismo por mucho tiempo, eventualmente el medio termina confundándose con el fin. El dinero se convirtió en un fin en sí mismo y se empezó a buscar de manera desesperada. Nunca se deja de buscar el dinero, nunca es suficiente, porque se cree que siempre se puede estar mejor. Como el dinero se convirtió en el fin, se empezaron a buscar mejores medios, así como perfeccionar los existentes, para conseguir ese fin. En el sistema mercantil burgués, la eficiencia era sinónimo de más ganancias, es decir, de obtener más dinero.

Referencias

- Coriat, B. (2015). *El taller y el cronómetro: ensayo sobre el taylorismo, el fordismo y la población en masa*. Siglo XXI.
- Dobb, M. (1971). *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*. Siglo XXI.
- Ganshof, F.-L. (1975). *El feudalismo*. Ediciones Ariel.
- Huberman, L. (2004). *Los bienes terrenales del hombre*. Panamericana.
- Marx, K. (1985). *El Capital. Libro I-Capítulo VI Inédito*. Siglo XXI.
- Marx, K. (2005). *El capital*. Siglo XXI.
- Nietzsche, F. (2010). El Estado griego. In *Cinco prólogos para libros no-escritos*. Arena Libros S.L.
- Rincón, C., & Londoño, O. (2020). Nietzsche: de la decadencia en el trabajo a la ascendencia en el capitalismo. *Revista Ágora*, 23.
- Romero, J. L. (1987). *Estudio de la mentalidad burguesa*. Alianza Editorial.